El Señor Gómez

Autor: Elsa Eithne

Cuando el señor Gómez volvió a casarse con una mujer a la que doblaba la edad, a nadie en la localidad de Casas de Don Pedro pareció sorprenderle. Su anterior matrimonio había durado poco, siendo tan breve como el tiempo que se tardaba en recordar su existencia. Una de tantas demostraciones de buena intención que no llegó a nada, acaso a más chismes y habladurías.

Al señor Gómez le gustaban las mujeres, aquello era un secreto a voces entre sus conocidos y desconocidos; un molesto rumor que le acompañaba allá donde fuera. Ninguna joven podía llamarse a engaño con él, o eso decían las madres y sobre todo las viejas, cuando comentaban en la última verbena de San Juan o en las Fiestas de la Virgen de los Remedios. Entrado ya en años, su pelo cano y su sonrisa seductoramente atemporal resumían el cebo perfecto para que siempre alguna joven, como la mosca a la miel, acabara como la protagonista de la popular novela por entregas de aquella estación.

El señor Gómez había tenido muchas mujeres y tendría más; había conocido el género rubio y el moreno, el exótico blanquecino y la tez oscura. Había viajado, se había traído consigo a compañeras de esos viajes, se había ganado a alguna más con las alhajas de sus historias y al fin, con todo, solo tenía una debilidad verdadera. Se llamaba Encarna y tenía 12 años.

Encarna vivía en la parcela de los Martínez, detrás de la Iglesia de San Pedro Apóstol, pero era la hija de una prima lejana que se había quedado ciega y que ya tenía suficientes problemas con sus otros hijos, de modo que mandaba a Encarna con los Martínez porque al menos ellos le enseñarían a trabajar la huerta. Se trataba de una

adolescente delicada en formas pero de indomable carácter cuando se desataba. Le gustaba llevar las coletas atadas entre sí sobre la cabeza y deambular por la linde de la colina, donde se escuchaba el cantar del Guadiana y el crepitar de los cencerros en el risco de Valdehornos. Conoció por primera vez al señor Gómez cuando él paseaba por delante de su jardín, con una joven colgada del brazo y su mano sentada sobre las caderas de ella. Encarna soltó un bufido al verlos y se refugió en el porche con una mueca. El señor Gómez se rio, asiendo con más fuerza aún la cintura de su acompañante, quien le dedicó una mirada cariñosa que jugaba al engaño.

Al día siguiente volvió a verla, cuando ella trabajaba el jardín. Encarna no advirtió su presencia hasta más adelante, cuando ya habían pasado largos minutos de minuciosa y también quizás, por qué no, curiosa contemplación.

- ¿Qué quiere? - le escupió casi, asqueada por todo; el barro, las lombrices y aquel hombre que la había visto resbalar, divertido. Él se encogió de hombros, con una media sonrisa-. Lárguese ahora mismo - era una orden que no esperaba respuesta, pero que la obtuvo.
- No hasta que me digas qué te enfadó ayer tarde- aquello colmó la paciencia de Encarna, que levantó el cepillo de esparto amenazante sobre la cabeza del señor Gómez, aunque él no se movió. Su valentía la calmó un poco, decidiéndose pronto a hablar, acaso con la esperanza de quitar de su vista a aquel molesto individuo que no parecía tener mejores cosas que hacer.
- Pues que me parece una pérdida de tiempo.
- ¿El qué?.
- ¿Cómo que “el qué”? Andar cogido de alguien así por la calle - el señor Gómez rio divertido.
- ¿Cuántos años tienes?

- Doce- respondió Encarna, altiva.
- ¿Y cómo te llamas?
- Encarna.
- Un placer conocerte, Encarna.

Le sonrió de nuevo y se marchó calle arriba, escuchando los bufidos de la joven y los improperios que le soltaba a las raíces estancadas.

A partir de entonces, el señor Gómez se afanó en pasar por delante del jardín de los Martínez, buscando el encuentro. Había algo en aquella niña que le hacía gracia; quizás su forma de hablar o tal vez su absoluta indiferencia para con los hombres, al menos de momento. Era una niña que encerraba dentro una fiera que lograba escapar solo a veces, como las víboras por la boca. Por eso le divertía hacerla de rabiar y pincharla cuando se sentaba a leer en el porche. Embelesado, observaba su reacción y sonreía inconsciente.

Por su parte, Encarna fue en un principio indiferente a la presencia del señor Gómez. Se trataba únicamente de una visita ocasional que se iba convirtiendo en diaria y que traía consigo grandes amarguras que siempre terminaban en conflicto. Un día percibió que algunos chicos de la escuela, sobre todo los mayores, trataban de la misma manera ofensiva a las chicas que despertaban su interés. Les provocaban con palabras pero las deseaban con los ojos. Y por primera vez se planteó si ella también podía ser el objeto de deseo de aquél que tanto disfrutaba con sus arrebatos. Se trataba de simple curiosidad; en realidad, Encarna carecía de un verdadero afán por serlo. No obstante, para saciar sus dudas, Encarna preguntó al señor Gómez sin reparos en su siguiente encuentro:

- Oye, ¿y yo te gusto?.

Él enarcó las cejas sorprendido y contestó:

- Claro, Encarna. Me gustas mucho.

Había seriedad en sus palabras pero ironía en su rostro. A Encarna no se le escapó el detalle.

- Ya, pero no tanto como las chicas esas que coges de la cintura- él se rio.
- No, no tanto; desde luego, no tanto... O no de la misma manera- rectificó.
- Ya - se enfadó Encarna, de camino a la puerta.

Al día siguiente estaba molesta.

- ¿Y por qué yo no? ¿Qué tienen ellas que yo no tenga, a ver? - el señor Gómez se rio con ganas.
- Pero a ver Encarna, ¿a ti te gusto yo? - ella negó con la cabeza y una mueca de asco pintada en la cara-. Entonces ¿cuál es el problema?
- Que quiero saberlo. ¿Qué tienen ellas que no tenga yo?
- Bueno, para empezar, son algo más mayores que tú. Y más....maduras. Pueden ir solas a la verbena o a la romería de San Isidro, pueden elegir trabajar el jardín o no. ¿Me entiendes?
- Sí, son viejas y ricas.
- Sí, algo así- y añadió después - pero te puedo contar un secreto Encarna. También son pasajeras - se sorprendió a sí mismo por aquel adjetivo. Era verdad, pero nunca se había atrevido a pronunciarla en voz alta- .Quizás tú y yo seamos amigos por más tiempo- reflexionó con absoluta sinceridad. Ella sonrió complacida.

El señor Gómez se marchó algo confuso de la casa de los Martínez, tras declinar el café que la señora Martínez le había ofrecido gritando desde la puerta. Aquella niña insolente pero divertida le había hecho confesar algo muy simple, que todos sabían, pero que él se esforzaba en ocultar al mundo y a sí mismo. Su vergüenza más profunda.

De ahí en adelante la esquivó, temeroso de que le persiguiera el fantasma de su confesión. Algo en su interior se revolvía al pensar en Encarna. La veía en su cabeza de manera cambiante; unas veces con admiración, otras con miedo, las más con auténtico deseo. A una niña. Se odiaba por ello. Sus demonios le perseguían recordándole el monstruo que era, su facilidad para embaucar y persuadir. Pero se dejó llevar.

- Oye Encarna. Quizás me equivoqué- Le dijo un día. Ante la ausencia de respuesta, continuó- . Creo que sí me gustas. ¿Querías ser mi novia?

No sabía qué decir, estaba hablando con una niña 15 años menor que él. Desconocía qué le había llevado a hablar de tal modo, qué tipo de endemoniada obsesión controlaba sus acciones recientes. Ni siquiera sabía qué pretendía con toda aquella pantomima. Desde luego, ninguna relación. No con una niña. Y menos con una niña por la que sentía tanto cariño; pero un cariño como de hermano, de buen amigo. No obstante, el desasosiego duró poco.

- No - tajante, sin lugar a dudas -. Puedes quedarte con tus mujeres viejas y pasajeras. Pero no te preocupes, yo te guardaré el secreto. Ellas no te gustan tanto como yo, aunque te dé miedo. Porque es eso, te doy miedo. Yo, mis 12 años, el qué dirán, y que no podría ser pasajera - se calló de repente, temerosa de lo que acababa de decir y al mismo tiempo arrepentida, pues llevaba carcomida por los celos el mismo tiempo que la ausencia del señor Gómez le había

acompañado en el jardín -. Y a mí tampoco me interesa lo más mínimo, ojo. Que seré pequeña, pero no tonta. Yo no quiero a alguien que me agarre la cintura solo un día. Yo quiero alguien que juegue conmigo todos los días y me ayude con las endiabladas raíces de este maldito huerto.

Pasaron años. Encarna diluyó en este tiempo el recuerdo del señor Gómez, que había desaparecido de su vida y cuya mala fama no dejaba de crecer. Hasta el día que se casó y fue noticia. Encarna escuchó la reseña de tantas bocas distintas que hasta le resultó molesto. Tenía 20 años, su cuerpo ya no era el de una niña, sus ideas no tan salvajes como cuando llegó a Casas de Don Pedro. No le faltaban cumplidos de los jóvenes amigos de sus amigas, pero rechazaba a todos ellos con religioso compromiso. En silencio, llevaba años ideando un plan sencillo: encontrarse con el señor Gómez una vez más y replicar secamente un "¿lo ves?, yo tenía razón; te daba miedo hace años" para después volverse de espaldas hasta que él se animara a agarrarle su cintura, que se había ensanchado con el tiempo. Sin embargo, aquel fantástico y maquiavélico plan jamás había visto la luz, ni lo haría nunca; porque él se había casado.

Se dirigió a la nueva casa del señor Gómez, furiosa. Le daba todo igual. Tenía un propósito desde hacía años y lo iba a cumplir. A cualquier precio, incluida su reputación. Había ensayado y perfeccionado tanto su discurso que podría recitarlo en cualquier momento; no había nervios de por medio que se lo impidieran. Él le abrió la puerta y la miró en silencio, con una mezcla de sobrecogimiento y alivio. Antes de que ella pronunciara su prometido "Soy Encarna", él le replicó:

- Quizás ahora te convenzas de que podría arrancar las raíces del jardín de forma permanente.

Fue un capricho raro del destino. Pero todos les habían visto crecer juntos y separados, dejando que el tiempo germinara un sentimiento imposible, igualmente hermoso que repulsivo. Lo dejaron estar. No se discutió mucho en la comarca a pesar de todo. Si iba a ser alguna, tenía que ser Encarna.